

Beresina, á pesar de tantos obstáculos que lo hubieran hecho mirar como imposible por cualquiera otro que Napoleon, era un motivo de triunfo, aunque la division Parthouneaux, extraviada durante la noche, hubiese sucumbido delante de Wittgenstein, por no haberse ejecutado las disposiciones del Emperador, cuyos enemigos mismos no han podido menos de admirar la constancia, reconociendo que no se le debia hacer cargo de las pérdidas que acompañan una operacion en que los mayores capitanes hubieran sin duda visto frustrar sus planes.

De los ochenta mil hombres que tenia sobre las orillas del Beresina, salvó sesenta mil que dirigió sobre Zimbin, Kamen y Smorgoni, donde el ejército halló recursos que tanto necesitaba. En Malodeozeno, Napoleon recibió catorce estafetas de Paris, y expidió el terrible boletin del 3 de diciembre, en que daba parte á la Francia y á la Europa de la ruina de la expedicion.

Entretanto, Heudelet se acercaba del Niemen con diez mil hombres, y Loison salia de Wilna con igual número de soldados; pero estos refuerzos llegaron solamente para parti-

cipar á los desastres del ejército, si puede darse este nombre á una turba confusa de hombres agoviados por toda clase de calamidades, y por un frio, cuyo rigor estaba inaudito en la misma Rusia. No habia medio ninguno de luchar contra este terrible azote. Teniamos delante de nosotros á la Europa, que podia cerrarnos el camino, y la Francia iba á conmovirse al recibir la noticia de tantas desgracias; era preciso remediarlas con prontitud, y no dejar tiempo á los Rusos para adelantarse hasta el Rhin; era necesario formar otro ejército, y llegar á Paris para pedirlo y lograrlo de una nacion generosa, que siempre entusiasmada por la gloria, no se negará á ningun sacrificio cuando se lo pida el mismo Napoleon. Salió de Smorgoni el 5 de diciembre, despues de haber comunicado su proyecto á sus generales, que lo aprobaron unánimemente, dejando el mando del ejército al rey de Nápoles. No han faltado censores de esta alta resolucion, dictada por el primero de los deberes de un príncipe; pero nadie ha expresado la verdad con mas justicia y franqueza, que el coronel Boutourlin, edecan del Emperador de Rusia « Napoleon, dice, no era solamente

sertó, por decirlo así, como un soldado infiel á su bandera. Ney entró en Kowno con solo sus edecanes, y tomó el mando de su guarnición, que se componia de trecientos Alemanes y de cuatrocientos hombres mandados por el general Marchand. Los Rusos atacaron por la puerta de Wilna; pero Ney y Girard, con un corto número de soldados, sostuvieron sus esfuerzos, y dieron tiempo á los dispersos para ponerse fuera del alcance de los Cosacos. En aquel mismo dia, el tiempo ablandó repentinamente, y esta mudanza tuvo un resultado funesto, habiendo causado la muerte de los hombres mas robustos que habian resistido el frio mas rigoroso.

Entretanto, el general ruso Dibitch firmó secretamente una suspension de hostilidades con el general prusiano Yorck, que estaba bajo las órdenes de Macdonald que se vió reducido por esta traicion á nueve mil hombres. Esta defeccion tan inesperada, aunque fraguada muy de antemano, entregó á los enemigos la orilla derecha del Vistula, de manera que el rey de Nápoles tuvo que trasladar su cuartel general de Koenisberg á Varsovia y luego á Posen. Por otra parte, se estaba pre-

parando otra perfidia; Schwartzemberg se desentendió de todas las órdenes de Napoleon, y dejó á los Rusos que maniobrasen como les convenia; el mismo Murat abandonó el ejército el 16 de enero de 1813.

El ejército no podia quedar sin gefe; el Virey tomó el mando, y hizo cuanto podia humanamente esperarse de su constancia, de su valor y de su prudencia en circunstancias tan críticas. Se retiró con orden sobre el Elba, y entró en Berlin el 21, despues de haber quemado los puentes de Crossen y del Oder.

Tal fue el éxito de la expedicion de Rusia. Ahora vamos á ver á Napoleon luchando contra los mayores peligros de toda su vida, y teniendo que combatir á toda la Europa, antes conjurada secretamente contra él, y que entonces se declaró abiertamente su enemiga.

» el gefe del ejército, sus obligaciones como
 » Emperador de los Franceses, le llamaban á
 » la capital. » Antes de salir, tomó todas las
 disposiciones que le dictaba la prudencia, y
 que hubieran tenido el mejor éxito, si el frio
 que iba siempre aumentando, no hubiese
 desconcertado todas sus medidas; el termó-
 metro de Reaumur habiendo bajado la no-
 che misma de su salida, á 28 grados despues
 de zero.

Napoleon, acompañado del caballerizo ma-
 yor Caulincourt, de Duroc y del conde de
 Lobau, hacia la mayor diligencia. Corrió el
 riesgo de caer en manos de una partida de
 Cosacos, que, por la culpa de Loison, entra-
 ron en un pueblo por donde el Emperador
 habia de pasar precisamente; su estrella le
 salvó; en llegando á Wilna, vió con la mayor
 satisfaccion que los almacenes estaban surti-
 dos de provisiones de toda clase para mante-
 ner un ejército de cien mil hombres, durante
 cuarenta dias. Volvió á dar la órden á Ber-
 thier y á Murat de organizar el ejército en
 Wilna. El Emperador pasó por Varsovia y por
 Dresde, donde por poco hubiera sido arres-
 tado en consecuencia de una intriga inglesa,

y contra la voluntad del venerado rey de
 Sajonia, cuyas virtudes y fidelidad inviolable
 honraron al trono y á la política. El 15, Napo-
 leon despachó correos á su ejército, á su sue-
 gro, al rey de Prusia, y tomó el camino de
 Leipsick y de Maguncia; el 19, despues de 14
 dias de un viage el mas rápido y el mas se-
 creto, estaba abrazando á su hijo y á su es-
 posa en las Tullerias. Su ausencia causó un va-
 cío extraordinario en el ejército. Pero la Fran-
 cia se contempló salvada, viendo á Napoleon
 en su seno.

Mientras que el Emperador volvía á tomar
 las riendas de su imperio, el rigor de la esta-
 cion aumentaba de dia en dia en la Lituania,
 y no hay expresiones que basten á pintar los
 trabajos y la profunda desorganizacion de
 aquel resto de hombres, que podian llamarse
 las ruinas del ejército grande. Los soldados
 franceses que estaban todavía en Wilna, que-
 daron espantados con el horrendo espectáculo
 de cuarenta mil hombres que inundaron re-
 pentinamente aquella ciudad, desnudos, ham-
 brientos y llenos de miseria. Allí como en
 Smolensk, los almacenes y los hospitales fue-
 ron invadidos con el mayor desórden por los

dispersos. El orden se iba restableciendo poco á poco, y nuestros infelices soldados empezaban á descansar de tantas fatigas, cuando de repente llegó la vanguardia de Kutusoff y luego los ejércitos de Wittgenstein y de Tchitchakoff. Loison y de Wrede, reducidos, el primero á dos mil hombres por los combates, y el segundo á tres mil, por el rigor de la estacion, resistieron con valor al enemigo á quien lograron detener. Si el rey de Nápoles hubiese conservado su constancia y su antigua actividad, dando órdenes con acierto y oportunidad, la guarnicion de la ciudad, sostenida por la guardia imperial, hubiera podido defender á Wilna durante algunos dias, aunque no se hubiesen concluido las obras mandadas hacer por el Emperador. Pero Murat no hizo nada digno de un soldado, de un rey, de un lugar-teniente de Napoleón. Ney, mostrándose siempre el héroe de la retirada de Smolensk, pero rodeado solamente de un puñado de valientes, no pudo resistir unas fuerzas tan superiores, y abandonó la ciudad y los almacenes que nos era imposible salvar.

Un sin fin de Franceses que no tuvieron bas-

tante fuerza para volver á arrostrar las fatigas de una nueva marcha, perecieron á manos de los Cosacos y de los Judíos, todavía mas crueles. Estos los tiraban por las ventanas, pagando con esta ingratitude atroz, la proteccion que habiamos dispensado á esa casta de sanguijuelas, que devorarian la Polonia si no se oponian barreras á su codicia infame. Estas fueron las represalias del enemigo contra la humanidad del gran capitán que salvó una cuarta parte de Moscú y muchos miles de heridos rusos abandonados á las llamas en los hospitales de aquella ciudad. Al salir de Wilna, los Franceses experimentaron nuevas desgracias, en el desfiladero de Ponary que fue testigo de unas hazañas increíbles, que detuvieron durante mucho tiempo al ejército ruso. Ney, viéndose mas apurado por instantes, mandó repartir á la guardia imperial el tesoro del Emperador. Este depósito, fiado al honor militar, volvió fielmente á la caja del ejército; no faltó un solo doblon. En Kowno pasaron las mismas escenas de valor y de desorden; ya no existia el ejército; todo habia desaparecido. El mismo Murat, el intrépido Murat, olvidándose de su gloria pasada, de-